

Madre Coraje y sus hijos:

UN BUEN TRABAJO DE EQUIPO



Préstamo valioso bien aprovechado. China Zorrillo

El montaje de una pieza de Brecht supone un cúmulo de dificultades mayores de las habituales en el teatro, como ya hablase comprobado con motivo del estreno de *La ópera de dos centavos*, y es el haberlas sorteado con felicidad lo que explica la corrección general del espectáculo y esa sensación de estar ante un buen material trabajado con delectación artística.

La escenografía funcional de Mario Galup, reducida a una torre esquemática y practicables cambiantes, sobre un panorama entero, creó con justeza un ambiente despojado y algo abstracto. Salvo algún detalle, como la fachada de la parroquia que se salió de la línea estilística, la escenografía reveló una austera invención destinada a dejar la alternativa de la acción a los intérpretes y en ese aspecto demostró justa adecuación con la tónica de la obra. Se enriqueció además con una cuidada iluminación, de las buenas que firma Gianola, y con una utilería que demuestra minuciosa búsqueda e invención. En cambio el vestuario de Domingo Cavallero fué desigual: muy eficiente en los trajes de Madre Coraje y los hombres de pueblo, recurriendo a tonos bajos, grises y ocres, con algún toque más vivo (Yvette), permitió un vestuario para los soldados la estruendosa modernidad que disonaba en el conjunto. Con esto no quiero decir que sea imprescindible una reconstrucción de época, sino que parece necesario engañar hábilmente al espectador dándole la ilusión de que contempla el suceder verosímil de otros tiempos.

El elenco actuó en forma homogénea y efectiva. Ya hemos hablado de la protagonista, Concepción Zorrilla, pero a pesar de la importancia del personaje de Madre Coraje, la obra entrelaza a los distintos personajes y da a todos una oportunidad de lucimiento. La aprovechó con extraordinaria sagacidad y en un papel particularmente ingrató, Mari Vázquez, que hacía la hija muda de Madre Coraje; su actuación en la escena tercera (imitación de la prostituta) y en el final (cuando interviene para salvar a la ciudad) estuvieron entre los momentos de más auténtico patetismo de la representación. Y su presencia fué siempre importante en la escena a pesar de no decir una sola palabra. Dahd Sfeir compuso sabiamente su prostituta y fué admirable en su canción, el mejor momento musical de la pieza.

El predicante de Claudio Solari se distinguió en las primeras escenas, con jugosa caracterización y discreta comicidad, así como también Roberto Fontana que hizo con invención su primer diálogo con Madre Coraje; pero ambos tendieron a perder carácter más adelante y no estuvieron cómodos ni felices en sus respectivas canciones. Okret hizo un muy convincente Capitán General, y Sergio Otermin, en su Ellif, demostró claros progresos sobre anteriores actuaciones, aunque desentonó en la danza del segundo cuadro sobre una descertada escenografía; Juan Ribeiro tuvo una de las mejores oportunidades de su corta carrera de actor y la aprovechó componiendo con esmero su Requesón bueno y simple. Antonio Larreta hizo, lineal e intensamente, su soldado de furia corta, contribuyendo a levantar una de las escenas más gratuitas de la obra. Jorge Canessa, Luis Duhamel Berriel y Adhemar Rubbo correctos, así como Mandiá, quien debe corregir su dición.

Las obras de Brecht presentan una dificultad subsidiaria para nuestros actores: el canto. Aunque aquí no tienen la importancia central que en *La ópera de dos centavos*, que por algo se llamaba así ópera, son no obstante parte significativa de su desarrollo y actúan como comentarios líricos y morales a la acción dramática. La dirección que tenía aquí una oportunidad para romper claramente el juego ilusorio de la representación, prefirió incorporarlas al desarrollo dramático de tal modo que el actor las cantó sin abandonar su personaje. Salvo el caso anotado de Dahd Sfeir, y algunas de las canciones que corresponden a Madre Coraje (Concepción Zorrilla), la parte musical de la obra resultó desmerecida, más aún por la dificultad de cantar sobre un disco.

Estas observaciones parciales, más que nada destinadas a lograr el mayor ajuste de la representación, no afectan la comprobación general de que estamos en presencia de un buen trabajo de equipo, el que revela además la mano de una directora atenta y afinada, Laura Escalante, quien ha dado con esta obra la medida clara de su capacidad artística.